

XVIII

RELACIÓN

DE LOS INSULTOS Y CRUELDADES QUE LOS MONTAÑESES
EJECUTARON EN PINA, CUYO CAUDILLO FUÉ LUPERCIO
LATRÁS; ESCRIBIÓLA JERÓNIMO DE BLANCAS, CORONIS-
TA DEL REINO DE ARAGÓN.

(Año 1588.)

Ya que Miguel Barber y Antón Martón, ayudados de muchos catalanes y montañeses, salieron con su empresa de destruir el lugar de Codo, volviéronse á Quinto, que era su común guarida, y allí comenzaron á tratar lo que harían, porque aún no mostraban tenerse por contentos con lo hecho. Sucedió que á esta sazón, yéndoles mal en Ribagorza á los fieles del duque, que los de la tierra, que eran sus contrarios, con espaldas de ministros del rey, á lo que se decía, con gran número de lacayos los tenían sitiados en el castillo de Benabarre. Lupercio Latrás, hermano del señor de Latrás, que era de los que favorecían al duque, bajó de allá en busca de toda esta gente para procurar en ella de alzar el cerco. Este caballero, ya años antes había andado en cuadrilla por las partidas de las montañas, entre Jaca y Sangüesa, con ocasión de unos bandos

de entre unos Pérez de Hecho y otros de la Valle; y aunque había inquietado harto aquella tierra, pero no se decía dél ni de sus lacayos que hubiesen acometido casos feos, sino sólo contra sus enemigos, que el hacerse dar provisiones en los lugares por donde pasaban, ni el tomarse de los ganados que topaban algunas reses para su mantenimiento, fuesen de quien fuesen, no se tenía entre ellos por cosa mala, y si alguna vez robaban á algunos, procuraban de hacerlo de manera que, ó el Lupercio no lo entendiese, ó en fin, pudiese disimularse con algún color, y así con esto, vino á sustentarse con reputación algunos días, con harto número de lacayos, y sólo en lo público hacía mal y perseguía á los que tenía ya por declarados enemigos, y fuera dellos, si con otros topaba, tratábales á su manera con gentileza y cortesía. Pero no podía él llevarlos siempre tan arrendados, ni era hombre de tanto discurso, que á ratos no se desmandasen los suyos á cosas que daban en rostro, y que por ellas no mereciese el Lupercio como principal caudillo ser procesado, como en efecto vino á serlo. Ya entonces, como se recataba de la justicia y tenía más de quién guardarse, reforzó su cuadrilla, acogiendo en ella personas que se valían á todas manos, hurtando y robando, y aun matando á muchos por robar. Con esto, vino á tener aquella partida de tierra tan alterada, que pareció á los ministros del rey, que para su quietud era el mejor medio procurar de sacar á Lupercio de España y á algunos de su cuadrilla, perdonándolos y enviándolos adonde sirviesen al rey. Hízose así, y el Lupercio fué contento dello y sus deudos también, señaladamente su hermano, á quien ofendía mucho esta vida que Lupercio llevaba, de la cual, aunque lo había procurado por diversos caminos, nunca había sido poderoso de sacarlo. Al fin Su Majestad lo perdonó y á los que con él fueron, dándoles orden pasasen á Sicilia, donde en llegando lo hicieron capitán de infantería. Allí estuvo como dos ó tres años; des-

pués, con los tercios que trajeron de Italia para lo de Portugal, vino él también con su compañía, y estando con ella en Lisboa, como tuvo nueva de lo que por acá pasaba, y que al pobre duque de Villahermosa, conde de Ribagorza, de quien él y su hermano el señor de Latrás y todos los suyos se habíanpreciado de muy servidores, se le habían desvergonzado tanto sus propios vasallos, y fuera de algunos lugares, los demás se le habían rebelado y públicamente peleaban contra algunos que le eran fieles, y que entraban cuadrillas de catalanes, de unos caballeros de Lérida que decían los Valles, y del Miñón, dándole no afamados enemigos suyos, y los llevaban á mal andar, sin más, y sin tomar ciencia del general (que en la milicia se tiene por mal caso) secretamente se salió de Lisboa y vino á Aragón, que antes estuvo en Ribagorza que apenas se supiese que estaba en Portugal. Otros, refieren que vino con otros desinios bien diferentes, de un casamiento suyo que deseaba hacer con cierta dama de aquellas montañas. Como quiera que fuese, él llegó por acá á tiempo que estaban las cosas de Ribagorza más gastadas, y que los fieles del duque, que el principal dellos era el señor de la Pinilla, su grande amigo, y á quien él respetaba mucho porque tenía voto en el casamiento que él pretendía, estaba cercado conforme al sitio de gente de las cuadrillas de los Valles y del Miñón, dentro del castillo de Benabarre, y se decía que padecía grande falta de bastimentos, señaladamente de agua, que con la grande seca se le habían ya agotado los aljibes. Y así el Lupercio, con la aceptación que todos los montañeses tenían de su persona, se ofreció de bajar por éstos que por acá andaban y de subirlos á Benabarre, que realmente éste fué el intento que lo trajo, y con él llegado á Quinto, donde como dicho es se habían retirado, hablóles y persuadióles subiesen con él á Ribagorza, que el duque y sus valedores, aunque sus enemigos eran muchos, con solos los montañeses que

allí estaban pensaban ser poderosos para hacerlos alzar del cerco, facilitándoles la empresa, que tampoco les fuera muy difícil, porque á la querella de destruir á Codo había bajado gran muchedumbre de lacayos, que no parecía sino que se habían despoblado las montañas. Tan capital odio habían concebido los montañeses á aquel lugar, y tan acertada cosa hiciera el virrey para apagar este fuego, en haber hecho en ellos algún castigo. Desta suerte, estaban ya en Quinto, con los que habían bajado de nuevo con Juan de Agnet de la Val de Serrablo, más de cuatrocientos, y allende de eso, de Zaragoza y de otros lugares de cristianos viejos, les llovían gente de bellacos y vagamundos que verdaderamente ponía cuidado. A todos estos procuró Lupercio de atraer á sí, para que subiesen con él. Y afirmóse que se lo ofrecerían, con tal que los dejase primero asentar algo más la mano á los moriscos. Y bien se entendió que sus desinios eran dar en algunos lugares del virrey que contra él daban todas sus quejas, así de no haber querido castigar los de Codo, como de que él secretamente fomentaba los rebeldes de Ribagorza. Y así por eso, como porque también á Lupercio con oír la querella contra los moros, le cuadró y se le asentaron mil vanidades en la cabeza, no sólo no se les desaconsejó, antes se les ofreció de acaudillarlos, y que él quería ser el primero en aquella empresa. Con esta resolución, determinaron de inviar algunos á acometer á Sástago, lugar del virrey, de hasta trecientas casas, todas de moriscos, y no lo acertaron, porque según la fortaleza y sitio del lugar, todos fueron bien menester, señaladamente, que con la venida de los montañeses, de muchos lugares de moriscos pequeños de aquella comarca se habían recogido allí y hechos fuertes, y así eran muchos y estaban apercebidos, que el alcaide que allí tenían era hombre plático y les había puesto muy en orden. Llegados, pues, á Sástago algunos de los montañeses, que los más no quisieron como eran po-

cos y con poco concierto, conocieron luego su desatino, porque emprendiendo á querer entrar, á pocos lances hubieron de retirarse con poca reputación y con algunos muertos de los suyos, de los cuales fué uno el Ayneto, que de muy animoso y valiente adelantábase más que los otros á querer entrar por las tapias de un corral, y le dieron con un bote de lanza y lo tendieron en tierra, donde acudieron gran número de moriscos y le acabaron, ejecutando en él extrañas crueldades; entre otras, se dijo, que cociéndolo ya después de muerto, en aceite, para que no se corrompiese, lo enterraron hasta la cintura, dejándole el cuerpo de fuera, y que teniéndolo así algunos días, molaban dél escarneciéndolo como si fuera vivo. Esto es cierto, que no sólo los de Sástago, pero generalmente todos los moriscos del reino triunfaron deste suceso, y aunque hubo muertos de los del lugar, ellos lo disimularon de manera que nunca se pudo averiguar que tantos fueron. Visto por los montañeses el poco fruto que desta jornada habían sacado, indináronse más y deliberaron de dar todos sobre los moriscos de Pina, que, como se ha dicho, sus desinios eran hacer de hecho en cosas del virrey. Esta villa es donde suelen tener continua residencia los condes de Sástago, distante de Zaragoza seis leguas; será de cuatrocientas casas, de las cuales más de las ciento eran moriscas; las demás de cristianos viejos, y entre ellos hay muchos hidalgos y hombres de hacienda y muy honrada clerecía. Los moriscos vivían á la una parte de la villa que llamaban la Parroquia, apartados de los cristianos viejos, de suerte que con ir todos á una iglesia, que es la parroquial, parecían en lo demás pueblo de por sí. Contra éstos se movieron los montañeses, tomando por ocasión que habían intentado de cortarles la sirga de la barca de Quinto, que era su común paso, y el más necesario de todos para éstas sus empresas; otros decían que no tanto por eso, cuanto por entender que trataban de levantarse y de dar aquella

misma noche en los cristianos viejos de la misma villa de Pina, que días había, se avenían muy mal los unos con los otros. Y no era esto postrero tan sin fundamento, que no hubiese algunas evidencias dello, y dichos de los mismos moriscos, que hacían estar á los cristianos viejos muy cuidadosos. Deliberados, pues, los montañeses de acometer todos, juntos vinieron sobre Pina, martes á 26 de Abril deste mismo año 1588; así, á las dos horas después de mediodía, serían más de cuatrocientos de á pie y diez y ocho ó veinte de á caballo. No estaban los de Pina tan desapercibidos, así los cristianos viejos como los nuevos, que no estuviesen bien á punto, porque á más de la misma gente del pueblo, que es harta, había el virrey pocos días antes enviado ciento cuarenta soldados de Zaragoza, arcabuceros y mosqueteros, para su defensa, y venían por caudillos desta gente Agustín Alberto de Cuevas, Cibrián de Mur y Tomás Catalán. De los cristianos nuevos había más de ducientos hombres de pelea, buena gente y ejercitada á tirar la escopeta, que ya días había que todos los moriscos se iban adiestrando en ello, y con esto y con que estaba Pina cercada, parecía que estaba bien proveída para defenderse y ofender. Estaban muy descuidados de que los montañeses viniesen, á lo menos aquel día, antes en cierta manera asegurados de que no vendrían, porque habiendo enviado los cristianos viejos á nombre de la villa, diversos recaudos sobre esto á Lupercio, de palabra y por cartas se les había ofrecido, y así, aunque tuvieron noticia de lo que sucedió en Sástago, y sabían que andaban por allí muy sobresalidos los montañeses, con todo esto, los de Pina estaban sin recelo hasta que los tuvieron sobre sí, que fué desta suerte. Como su querella era de hacer guerra á los moros, llegados á Pina, acometiéronla por la puerta que llaman del Pino, que es la parte donde residían los moriscos, los cuales, puesto caso que sabían la palabra y ofrecimientos que Lupercio había dado generalmente á

toda la villa, de que no les enojaría en ninguna cosa, no se fiaron tanto en esto que no estuvieron muy sobre aviso, y así pudieron muy fácilmente resistirles la entrada por allí, ayudados también de algunos cristianos viejos que en este trance les valieron. Los montañeses que esto vieron, dieron vuelta y entraron por la parte de la cristiandad vieja, donde hallaron poca ó ninguna resistencia con obras. Bien es verdad que con ruegos y palabras, por gran rato los cristianos viejos, y entre ellos muchos de los clérigos y casi toda la gente principal, procuraron que se saliesen, y hicieron mucha instancia en ello, acordándoles las ofertas hechas. Pero ninguna cosa bastó para detener los montañeses, y claramente decían que no tuviesen cuidado, que ningún daño les harían, que solamente venían contra los cristianos nuevos, porque verdaderamente eran moros. Con esto, fácilmente se inclinaron los cristianos viejos á dejarse vencer y á no estorbar la entrada, mayormente, que luego Lupercio Latrás y Miguel Juan Barber, que eran los caudillos, y tras ellos la demás canalla, comenzaron á voces gritando á apellidar ¡viva la fe de Cristo y mueran los perros moros! también á esto, el poco calor que los caudillos de la gente que el virrey había enviado de Zaragoza dieron, que no solamente no hicieron ademán de resistir, antes bien, retiráronse al homenaje del castillo sin hacer armas; dejaron á los que habían traído de Zaragoza sin ningún orden, y así, facilísimamente olvidados de á lo que habían sido enviados, que era á resistir los montañeses, se les pusieron al lado y fueron los que después hicieron más daño en los moriscos, porque para sus mosquetes y arcabuces de munición no había cosa que se les parase delante. Lo que no era así á las armas de los montañeses, que los más no tenían aún espadas, y los pocos que llevaban tiros de fuego, eran de unos pedreñales cortos que luego se calentaban y se podía aguardar casi á veinte pasos. En fin, en comenzando á apellidar ¡viva la fe de Cristo!

en un punto se vió la plaza llena de montañeses y catalanes y de los soldados de los caudillos, que para conocerse se pusieron una insignia ó devisa de papel blanco á manera de cruz en los sombreros y bonetillos. Desta suerte comenzaron á dar en los moriscos, entrando por su barrio, en el cual aquella tarde ganaron algunas casas, matando en ellas algunos, aunque pocos. Donde más daño recibieron fué que, habiéndose recogido muchos dellos con sus hijos y mujeres á casa de un morisco llamado Alejandro el Micho, y haciéndose allí todos fuertes, los montañeses les dieron fuego, y se averigua que murieron allí más de sesenta personas, ejecutando fuera destos en algunos otros que daban en sus manos, algunas crueldades, hasta que ya la noche les departió, á cuya causa cesó por entonces el combate. Mas el siguiente día, miércoles, á 27 del mismo mes de Abril, en amaneciendo, con una rabia y furor infernal volvieron los montañeses á dar tras los moriscos, quemando casas, rompiendo puertas y haciendo pedazos á los que cogían, y desta suerte los llevaban hasta retirarlos en una plaza que ellos tenían, valiéndose de los mismos agujeros que los moriscos habían hecho de unas casas en otras para ayudarse, que por allí mismo se las fueron ganando hasta venirlos á arrimar en la plaza, sin que por ninguna destas cosas los moriscos desmayasen ni perdiesen el ánimo, que verdaderamente, tantos á tantos bien se supieran defender de los montañeses. Como esto duró gran rato, llegó la nueva de lo que en Pina pasaba á los moriscos de Gelsa, lugar de Don García de Villalpando, hijo de la hermana de la virreina, que confina con Pina y es todo de cristianos nuevos, donde á la sazón estaba el mismo Don García, cuyo era también el lugar de Quinto, y habíanle dado palabra los montañeses, que no enojarían á ningunos vasallos suyos con que él los detuviese y no les diese lugar que les contrastasen sus designios, y así, el Don García los estaba deteniendo en Gelsa

para que no saliesen á socorrer á Pina, diciéndoles que se perdería, y que con esa condición sola que guardasen, era cierto que los montañeses no les harían ningún daño, que por librarlos á ellos los había él mandado recoger en Quinto, y habían visto que al pasar Barber y los demás cuando estuvieron con él en Gelsa, le habían asegurado desto. Pero ninguna destas razones bastó, ni el ponérseles delante en un caballo atravesado en la puerta del lugar, porque no obstante eso, á su pesar salieron hasta ducientos arcabuceros, todos gente moza muy lucida, y á gran paso; puestos á punto, tiraron la vía de Pina en favor de los cercados; serían ya las diez horas antes de mediodía. No hubieron caminado mucha tierra, cuando luego fueron vistos por las atalayas que los montañeses tenían en el campanario de Pina, y dando aviso como venían los moriscos de Gelsa, salieron contra ellos muchos de los montañeses y de los cristianos viejos de Pina, porque temieron si llegaban á poderse juntar con los cercados, habría para todos, mayormente si los moriscos de por allí cerca hacían lo mismo, que podían facilísimamente en una hora juntarse dos ó tres mil moros, y era sin duda, que viéndose superiores no se contentarían en descercar los cercados, sino en dar en los montañeses y en los cristianos viejos de Pina, á los cuales ya pesaba de haber dado lugar tanto á los montañeses, de quien no había mucho que fiar, que acabados los moriscos no las hubiesen también con ellos, y así por todas partes venían los cristianos viejos de Pina á verse en grande conflicto, y por esta razón habían retirado todas sus mujeres y hijos á la iglesia, y allí los tenían, y parte de sus bienes. Viéndose en este conflicto, acordaron, como se ha referido, de salir con algunos de los montañeses á estorbar que los de Gelsa no llegasen á Pina, como los estorbaron fácilmente. Porque los de Gelsa, en ver venir gente contra ellos luego desmayaron, y vueltas las espaldas, aunque habían venido con harta diligencia, con

mayor se volvieron á su lugar, de que no poco contento recibieron los cristianos viejos de Pina, y más cuando hacia el mediodía vieron entrar nuevas cuadrillas de montañeses, porque vinieron á temer muy de veras á los moriscos. Los montañeses que vinieron en favor de Lupericio y Barber fueron el señor Antón Martón de Sallent y un tal Ontà y otros caporales, que con la misma querella que los primeros, habiendo bajado de las montañas, se habían entretenido en la comarca de Codo y aún no habían ajuntádose en Pina con los otros. Estos, pues, como entraron en Pina, viendo que en dos casas de Lope y Alexandre Zanzala estaba toda la fuerza de los moriscos, y que éstos se defendían muy á su salvo, inventaron muchos pertrechos y ingenios de carros cargados de sacas de lana, guarnecidos con trillos á la redonda; con éstos, llevándola delante como de trinchea, fuéronseles entrando poco á poco y ganando algunos puestos: con todo esto, los moriscos les daban bien que hacer, que cuando más no pudieron, dieron en derribar las escaleras de las dos casas donde estaban, cortándolas por medio, para que aunque les ganasen los bajos, pudiesen ellos defenderse en los altos, como lo hicieron con mucho valor y concierto. Y no pudiendo á esta causa los montañeses ganarles la casa de Lope Zanzala, diéronle á fuego, y eso obligó á los que la defendían á dejarla, y pasándose todos á la del Alexandre, que está en la cantonada, donde se hicieron fuertes, peleando como gente desesperada que sabían que viniendo á manos de los montañeses, habían de morir hechos pedazos, y desta suerte se defendieron todo aquel día, hiriendo y matando á algunos de los montañeses, que no todos cargaron allí, porque muchos iban por otras partes haciendo carnicería en los tristes moriscos. Y sucedió que habiéndose metido hasta treinta dellos, entre hombres y mujeres, por un caño secreto que iba por dentro de la cristiandad nueva á regar unos huertos, y siendo avisados algu-

nos de los montañeses, fueron allá y sacáronlos del caño, y traídos á la plaza con grandísima crueldad, en un punto los hicieron piezas á puros alfanjazos, ejecutando en ellos las mayores crueldades que se pueden pensar. Y no paraba en dar tras los moriscos, que montañeses hubo que buscaban los caudillos que habían traído la gente de Zaragoza por orden del virrey, y uno dellos, para librarse tuvo necesidad de irse al monesterio que allí hay de frailes franciscanos, y raerse la barba y corona y ponerse en hábito de fraile con unos grandes anteojos, hablando en italiano por no ser conocido, y con todo eso pasó hartó riesgo de serlo; los otros estuviéronse en la fortaleza y allí se escaparon. Destas cosas estaban los cristianos viejos tan amedrentados, que aunque les llegaron de Castejón, la Almolza y Monegrillo hasta ciento sesenta hombres de socorro, con los cuales pudieron haciéndose todos á una, ser de algún efecto, á lo menos para excusar algunas crueldades, se estuvieron quedos á la verdad; ya entonces no fuera sazón, porque los montañeses, con los valedores que de refresco les habían venido, pasaban largamente de setecientos, y estaban ya tan apoderados de la villa, que pudieran fácilmente alzarse con ella y saquearla, como ya hubo algunos que lo asomaron. Pero los demás no acudieron; antes se resolvieron de proseguir la guerra contra los moriscos, y aunque se defendían valentísimamente, ya algunos comenzaron á desmayar del todo, tentando de salirse huyendo; mas como tenían puestas guardas los montañeses, daban en sus manos y luego los mataban; solos dos quedaron vivos, porque entendieron eran de rescate, que fueron el tiniente que llamaban Abroz y Juan de Zanzala, que rescataron sus vidas con muchos ducados. Y de la misma suerte, rescató la suya Lope Zanzala en seiscientos ducados, aunque después hubo de dar más en manos de los montañeses, y pasó hartó riesgo que esta segunda vez no le matasen. En todo este discurso de tiempo, los

moriscos, que se habían hecho fuertes en la casa de Alejandro Zanzala, se defendieron tan bien, que ninguna cosa pudieron ganarles los montañeses, antes murieron algunos dellos en la pelea. Y viendo esto, y que era ya gran noche y la hacía muy oscura y que se había levantado grande viento, á cuya causa, los moriscos que tiraban de mampuesta por ventanas, troneras y mil agujeros que habían hecho en las paredes, les hacían mucho daño, cansados ya los montañeses de pelear, tomaron un cuerno, que era señal de retirarse, amenazando que el siguiente día, jueves, no habían de dejar á ningún morisco vida. Retirados los montañeses, tuvieron los más de los moriscos, orden, valiéndose de la grande oscuridad que hacía, de con sus mujeres y hijos salirse por entre los huertos y irse al lugar de Gelsa, donde se escapaban los que quedaban. Venido el día siguiente, jueves 28 de Abril, como se vieron que eran muchos menos y que no serían suficientes para defenderse, no se atrevieron hacer aquel viaje, antes se fueron derechos al monesterio de los frailes franciscanos, antes del día dos horas, y entrados dentro rompieron un tabique que sale á la portería, para meterse por allí, teniendo aquel puesto por más seguro. Los frailes, como sintieron este ruido y entendieron que eran moriscos, creyendo que los iban á degollar, repicaron las campanas del monesterio, y al mismo tiempo también sonaron las de la villa, que fué causa para que en un punto se alborotasen todos y saliesen á ver lo que era, que ya la noche antes, cuando se habían retirado los montañeses, tuvieron gran recelo de que una gran multitud de moriscos, que pasaban de ochocientos, de los lugares de Sástago y de Gelsa y otros de contorno, se estaban, según decían, aprestando para venir en socorro de los cercados de Pina, y así, creyeron que el repicarse las campanas sería esto, que los frailes debían estar cercados y pedían ayuda, y aun llegó nueva á la plaza que estaban degollados. Fué cosa extraña el grande te-

rror y espanto que esto causó, por ser antes del día y hacer grande viento y escuridad, que parece que daban ferredad de suyos. Pero luego se supo lo que era, porque se cogieron dos de los moriscos que habían sido los inventores desto, y en un instante los hicieron piezas. Con esta ocasión, el Miguel Joan Barber entró dentro el monesterio, y topándose allí con cuatro mujeres moriscas, llevóselas á su posada, y agradándole la más moza, que decían la hija de la Chacha, reservóla para sí, que la una era la madre propia; allí, en su presencia, á golpes y cuchilladas la mató, aprovechándose después de la hija, que la tuvo muchos días consigo. Pasado esto, ya que amanecía, juntándose los montañeses para proseguir el combate y cerco de la casa del Alejandre, no hallaron con quién pelear, porque los más se habían huído á Gelsa y los otros al monesterio, y escondídose por otras partes, y así comenzaron á ir en busca, de la propia suerte que si fueran á caza, no perdonando á nadie, ni á mujeres, ni á niños aunque fuesen de teta, que quitándolos de los pechos de las madres, á cuál, tomándolo de los pies le daban calabazadas por las paredes, á cuál abrían por medio con los alfanjes, y con ellos mataban después las propias madres, á cuál despedazaban; y de los grandes, á los que cogían, desnudándoles en cueros vivos, traían á la plaza, que estaba llena de cuerpos muertos, y allí, probándose á quién daría mayor golpe, les daban terribles cuchilladas, á unos de alto abajo, partiéndolos, á otros dándoles de medio á medio por el cuerpo, descubriéndoles las entrañas; otros, echándolos por las ventanas, morían reventados; otros, que se habían subido al campanario del monesterio, despeñándoles de ahí abajo; finalmente, ningún género de crueldad pudo imaginarse que no lo ejecutasen, hinchendo la plaza, las calles y las casas y hasta la iglesia de cuerpos muertos, dejándolo todo teñido en sangre, que era la mayor lástima del mundo, y á buena cuenta fueron más

de trescientas personas las que así murieron, exceptados tres ó cuatro que guardaron para rescate, como se ha dicho. Acabado esto ya, cuando no hallaron en quién ejecutar su rabia, juntáronse á hacer la partición de lo que habían robado, en lo cual Lupercio Latrás había hecho el principal oficio. Porque es cierto, que él jamás peleó por su persona sólo en las crucijadas de las calles; no tanto animando á sus lacayos, cuanto encaminándolos á que lo que hurtaban y sacaban de las casas de los moriscos llevasen adonde él señalaba, que ya había quien lo recogía, á fin de que no le echasen dado falso y viniese todo á su poder. Y no se contentaron con lo que allí robaron, que montaba una gran suma, sino que se hicieron traer todos los averíos gruesos y hasta los ganados menudos de los tristes moriscos, que eran muchos, para llevárselos, entre los cuales acertaron á haber algunos de los de Aguilar, que pensando tenerlos más seguros, los habían juntado con los de Pina, y todos hicieron un camino, porque el día siguiente, que fué viernes á 29 de Abril, Lupercio y toda su compañía, como ufanos y triunfando de la victoria, cargados de despojos muy en sana paz se salieron de Pina y se fueron al lugar de Castellón de Monegros, que dista tres ó cuatro leguas, donde haciendo alto se detuvieron tres días en hacer la partición, y la hicieron tan de propósito y con tanto sosiego, como si tal no hubiera acontecido. Que verdaderamente, si bien se considera, concurrieran en este hecho circunstancias que admiran; por una parte, ver que hombres tan particulares y que realmente los más eran canalla, y casi todos no llevaban armas que importasen, emprendiesen tan de asiento casos tan graves, á vista y en el riñón de todo el reino, y por otra parte, que una villa tan populosa, siendo de un caballero tan principal y poderoso, que á la sazón se hallaba en el supremo cargo de visorrey, tantos días padeciese tan grandes infortunios, que desde la *Torre Nueva* de Zaragoza, subían gentes á ver el

humo de las casas que se quemaban, y que la propia gente que ya antes había ido para su defensa, y lo que más es, los propios caudillos, que eran hidalgos y hombres ejercitados en la milicia, no tuviesen valor, ni los cristianos viejos de la misma villa, para hacer rostro á los montañeses, que era cierto, que de por sí, por poca resistencia que hicieran, fueran bastantes para defenderse y ofendellos; sino que parece que á los cuitados moriscos que padecieron, todo se les ajuntó para su perdición, que ni el hijo ni el hermano del virrey, ni ninguno de los condes de Belchite y Fuentes, ni el señor de Quinto, que todos eran sus deudos, el que menos sobrino suyo ó de su mujer, ni ningún otro caballero del reino, que casi todos á aquella sazón se hallaban en Zaragoza, se meneasen un paso para tratar de irlos á socorrer, con írselo á ofrecer muchos y la misma ciudad con muchas veras, y que llegase el negocio á términos, que en la tabla de Zaragoza públicamente se sacó dinero para el rescate de los Zanzalas, y que de medio de los montañeses se despoblaron los lugares pequeños de los moriscos de por allí cerca, como fueron los de Nuez, Osera, de Villafranca y otros, que á carretadas se entraron por las puertas de la ciudad huyendo, y se metieron por casas de amigos particulares suyos, que cuando no fuera por lo que se debe á la justicia, por la piedad cristiana que no sufre aun á los infieles semejantes crueldades, y siquiera por el pundonor, que no se dijera que en las barbas de todos se cometían tan grandes insultos, debieran los caballeros hacer salida, á lo menos alguna demostración, que es, sin ninguna duda, que por poca que fuera bastara. En fin, son juicios secretos, que ni el virrey ni los diputados ni caballeros se supieron aliñar, sino que dejaron tan libres á los montañeses que si quisieran pudieran de la misma suerte dar en los cristianos viejos, como dieron en los nuevos, y salirse con ello; sólo esto sirvió, para que después la ciudad, viendo el poco ó ninguno remedio que á esto dieron

los ministros reales, y que de ahí tomaron ánimo á desmandarse tanto, no sólo los montañeses, sino aun los moriscos, que vinieron á hacer cuadrilla formada de los unos y de los otros, que quitaban verdaderamente los comercios y el poder trastejar las gentes, hubo de sacar su *privilegio de veinte*, con el cual se enfrenaron todos tanto, que en poco tiempo se volvió á la quietud y paz antigua. Pero Lupercio Latrás tampoco sacó lo que pretendió, que fué subir estos montañeses á Benabarre, porque ninguno dellos lo quiso hacer, antes bien, después que en Castellón hicieron su partencha, se deshicieron como humo; sólo quedaron Lupercio y Miguel Juan Barber, con algunos lacayos en cuadrilla, pero tan pocos, que no pudieron de por sí efectuar lo que pretendían en Benabarre. Ni sirvió esto sino para sólo daño de los de Pina y infamia de los montañeses y de su caudillo Lupercio, porque de allí adelante, ya se dió á todas manos de hurtar y matar, lo que hasta allí no había así usado y era tan ajeno de su buena naturaleza y sangre. Halláronse en las casas de los moriscos muertos muchos papeles y libros escritos en arábigo, llenos de mil torpezas y suciedades, y se enviaron al Santo Oficio, y realmente todos se entiende murieron en su mala secta y opinión de Mahoma.